

# PITUFOS

Coia, febrero de 1.988

Sr. Director:

Un día, no recuerdo cuál, de la pasada semana de carnaval —fecha de tradicional divertimento de la población en general y de la juventud en particular— puede presenciar un “espectáculo” verdaderamente denigrante en una calle de la parroquia de Coia.

Un joven vecino del lugar, con antecedentes de enfermedad psiquiátrica debido a la cual necesitó internamiento en varias ocasiones, sufrió un episodio de agitación psicomotriz provocada por un exceso de aplicación intravenosa de cocaína (más quién sabe qué adulterantes). Una vecina, segura cumplidora de su deber ciudadano, avisó a la Policía Nacional. Llega una patrulla y se hace cargo del joven, tratándole con mayor corrección (previo aviso de sus amigos de que no se trataba de un delincuente, sino de un enfermo) de la que, por desgracia, suele ser habitual incluso hacia los ciudadanos que delinquen.

A continuación, se personaron en el lugar de los hechos dos miembros del 091, “cariñosamente” conocidos con el nombre de pitufos (debido al color de sus uniformes) por el “vulgo”. Estos hombretones (?) de elevada estatura, recia barba, anchas espaldas y voz de barítono, muchos de ellos con antecedentes de dudoso mérito para ser policías no tuvieron mejor ocurrencia que, en primer lugar, intentar esposar por la fuerza al joven agitado, a pesar de tener un antebrazo enyesado debido a una fractura de los metacarpianos de la mano derecha. Después, unos eficaces golpes en la boca del estómago, para acabar inmovilizándole en el suelo pisándole la espalda con sus negras botas paramilitares de tan estupenda calidad que me hicieron pensar en una procedencia no sé si de origen chileno o sudafricano.

¡Me siento orgulloso de ser vigués y de poseer unas fuerzas policiales municipales tan eficaces!

Habría que advertir a tan dignas autoridades ciudadanas que no es lo mismo un peligroso criminal fuertemente armado que un ciudadano con un problema psiquiátrico de urgencia, y yo recomendaría a quien proceda que en sus eficientes academias les enseñasen a distinguir perfectamente entre un chorizo y un banquero, entre un cocainómano y un político, o entre un borracho y un militar; no sea que debido a una sutil equivocación amanezcamos un día con todos los dirigentes sociales en la cárcel o en el hospital.

Imagino que sus relucientes armas de fuego no estarían preparadas para ser disparadas, porque no es preciso ser una eminencia para imaginar que empleándolas la inmovilización hubiera sido absoluta y a perpetuidad. Como el matrimonio eclesiástico.

Atentamente  
Xabier Vila